

Mañana, 25 de marzo y solemnidad de la Anunciación: Día Internacional de la Vida

Sin miedo a la vida



«Eres lo que tienes, o lo que puedes hacer por ti mismo», es, en gran medida, el lema de nuestra sociedad. No es de extrañar que, así, se viva con miedo a lo que depare el futuro, o a que cualquier problema pueda derrumbarnos. Quedan pocas horas para el Día Internacional de la Vida, un marco en el que la sociedad civil se moviliza en defensa de su valor y dignidad en cualquier circunstancia. Son muchas las personas que, con pocos medios, seguridades o autonomía, demuestran, con su misma vida, que estar aquí vale la pena. Son ellos quienes, en palabras de los obispos, «aportan una gran luz en medio de su sufrimiento, creando a su alrededor un clima de amor que mueve a la correspondencia»

Al australiano Don Ritchie, sus vecinos le conocen como *el Vigilante*. Vive con su esposa en Sydney, cerca de un acantilado muy apreciado por los turistas... y por los suicidas. Desde su casa, anda siempre escudriñando por la ventana o desde el porche, para intentar adivinar las intenciones de los visitantes, y acudir en seguida si ve que alguien tiene una actitud sospechosa. Hace años, podía agarrar a los que querían saltar, y volver a subirlos a pulso. Ahora, ya cerca de los 85 años de edad y luchando contra un cáncer, sus únicas armas son una sonrisa, su voz, su capacidad de escucha y una invitación a tomar el té con él y su mujer. Mediante este mé-

todo, ya ha logrado salvar a entre 200 y 400 personas, por lo que ha recibido varias condecoraciones y premios. «Yo solía vender básculas de cocina y cortafiambres —explicaba, hace unos meses, a un medio local—. En el acantilado, intento venderle a la gente la vida. No puedes quedarte sentado y verles saltar. Tienes que intentar salvarlos. Es así de simple».

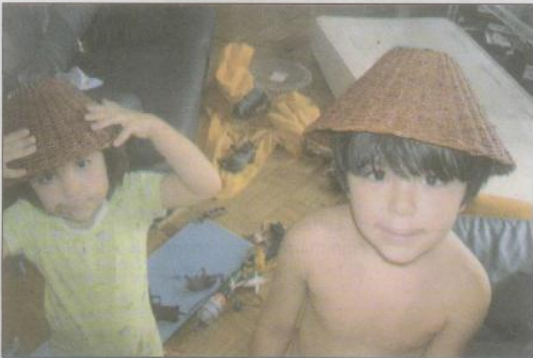
Un velo oscuro oculta la vida

Parece simple para Don, y para todas las personas que, si saben que algún conocido —o desconocido— intenta quitarse la vida, intentarán convencerle

para que desista, demostrándole que su vida tiene sentido, que vale la pena vivir.

Sin embargo, parece que «existe en la actualidad una oscuridad que lleva a no apreciar la grandeza y belleza de cada vida humana amada eternamente por Dios», afirman los obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida, de la Conferencia Episcopal Española, en su mensaje con motivo de la Jornada por la Vida, que se celebra mañana, coincidiendo con la solemnidad de la Anunciación del Señor. «Esta falta de luz afecta, en primer lugar, al reconocimiento de la dignidad personal del ser humano, desde el instante de su concepción», pero «se extiende a otros momentos de la existencia de las personas, en los que se muestra y experimenta la fragilidad».

Ante un embarazo que llega en el peor de los momentos, ante una enfermedad que arrebató a nuestros seres queridos sus recuerdos, o su capacidad de comunicarse con nosotros, o ante esa lacra llamada *cáncer*, es muy difícil encontrar motivos para salir adelante. No sirven las «más de cien mentiras que valen la pena para no cortarse de un tajo

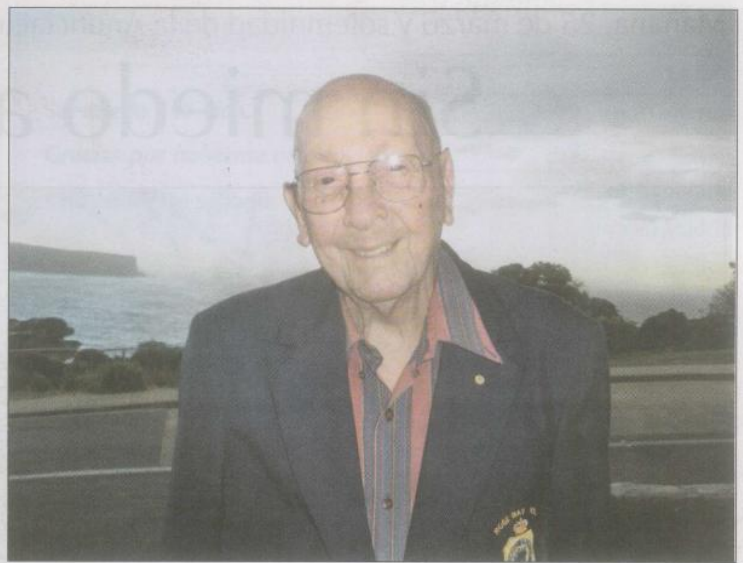


las venas», de las que habla Joaquín Sabina en su canción. En cambio –subrayan los obispos– «frecuentemente nos encontramos con personas que aportan una gran luz en medio de su sufrimiento, creando a su alrededor un clima de amor que mueve a la correspondencia». Son ellos los que mejor pueden explicar sus motivos, y quién y cómo les ha ayudado a salir adelante.

Los tres hijos de Esther Aranda (el pequeño nacerá, D.m., en septiembre). A la derecha, Don Ritchie, el Vigilante del acantilado de Sydney

¿Cómo se lo explico a mis hijos?

Hace dos semanas, en un centro abortista de Madrid, Esther Aranda era la próxima en la lista. Pero, antes de que llegara el momento, se levantó y se fue. «No era normal toda la gente que había, ni las conversaciones tan banales que tenían. Yo no estaba conforme con lo que iba a hacer. Me puse muy nerviosa, empezaron a sudarme las manos y a temblarme todo. Abrí el bolso y vi la foto de mis hijos, de casi cinco y tres



años. ¿Cómo se lo podría explicar? Jamás podría. Al lado vi el Sagrado Corazón y le dije: *Me echas una mano, ¿no? Pues vámonos*».

La siguiente persona con la que habló fue una enfermera del centro, quien, sorprendentemente, la apoyó en su decisión. Se había planteado el aborto, porque, después de Navidad, en apenas dos semanas, había perdido su empleo y descubrió que estaba embarazada del hombre del que se acababa de separar por segunda vez. Ya en casa, revisando el sobre que se da a quien quiere abortar, encontró el contacto de Red Madre. «En una semana, con su apoyo y su sonrisa cómplice, me han levantado», y ayuda también ya como voluntaria, preparando la manifestación del Día Internacional de la Vida, el próximo sábado: «Puedo animar a la gente joven con hechos. La vida es bonita, y hay que vivirla, no dejar que pase por ti, sino pasar por ella ofreciendo lo que puedes dar, no esperando a recibirlo todo. Y dar vida es un don».

Me responde con una sonrisa

Josefa Mora (Pepi para los amigos), de 55 años, está ingresada en la Fundación Instituto San José, de los Hermanos de San Juan de Dios. Una falta prolongada de oxigenación en el cerebro le

ha provocado una encefalopatía post-anóxica y un estado de mínima consciencia. Su hijo Francisco explica, sin embargo, que su vida sigue teniendo mucho valor: «Cuando le hablo, me responde con una sonrisa, por lo cual le doy gracias a Dios. Creo que es lo más hermoso que tengo: su vida y su sonrisa. No hay sentimiento más puro que el amor entre madre e hijo. Su vida de sacrificio, de amor a sus hijos, de lucha... me ha enseñado lo que significa la maternidad. La vida de mi madre tiene el indiscutible valor de una vida humana», afirma convencido. Y no sólo la de su madre: «La vida de cualquier humano, ya tenga un mes en el vientre de su madre, ya tenga 90 años, tiene un valor intrínseco, aunque en algunos casos la ley no lo refleje». Sí lo refleja la actitud de aquellas que Pepi tiene más cerca, aparte de su hijo: las enfermeras que «llevan cinco años cuidándola con gran profesionalidad y, sobre todo, con una gran humanidad cristiana». Por eso, Francisco no duda en decir que «son como de la familia» y que, además de cuidarla, la *miman*.

Vi que no podía matar

María conoció Red Madre a través de un sacerdote, con el que consultó tras decidir no abortar. Estaba sin trabajo y sola; es hispanoamericana y a su marido no le han dejado volver de la India, de donde es originario, por una cuestión de papeles. Son padres de una niña de tres años y, en una visita que le hizo, María volvió a quedarse embarazada. No encontró otra salida que *sacarse* a su hijo, pero, al descubrir que eran gemelos, «vi que no podía matar esas dos vidas, que son mis dos hijos».

Por eso, hoy sigue dándole gracias a Dios por haber conocido a esta asociación y por toda la ayuda que ha recibido en los meses tan duros que han venido después: «En la barriga, uno de los niños no crecía, y el otro trabajaba para que el pequeño sobreviviera. Los médicos lo daban por perdido. Me ingresaron, y en la semana 31 los sacaron porque al mayor se le paró el corazón, agotado de tra-

A favor de la libertad de la mujer

Para que el apoyo a la mujer embarazada, en Madrid, no dependa sólo de iniciativas sociales, la Asamblea de Madrid, en su último pleno de la legislatura –antes de las elecciones autonómicas de mayo–, aprobó, el pasado 17 de marzo, la Iniciativa Legislativa Popular *Red Madre*, que creará en la región una red de protección a la mujer embarazada en situación de riesgo, especialmente a la inmigrante. 75.000 ciudadanos madrileños apoyaron con su firma este proyecto, que fue presentado ante la Asamblea en 2007. Esos miles de firmantes, junto con los 500 fedatarios, son, según don Benigno Blanco, Presidente del Foro Español de la Familia, los verdaderos responsables de que esta iniciativa sea la primera ILP en aprobarse en la región. Para el señor Blanco, «es un paso más a favor de la libertad de la mujer, que ahora, en la Comunidad de Madrid», como en otras seis Comunidades donde la ILP ya es ley, «podrá elegir libremente a favor de la vida». La ley pretende, además de crear la ya citada red de apoyo, dar un impulso a la formación de las embarazadas menores, así como establecer medidas para evitar la discriminación laboral que padecen muchas madres. Sin embargo, no obtuvo el apoyo ni del PSOE ni de IU, que acusaron al Gobierno regional y a los promotores de la ILP de pretender crear una «red de dominio sobre la mujer embarazada».



bajar por su hermano. Fue al que más le costó salir de la incubadora, donde estuvieron un mes y medio».

Con este ejemplo de amor, ya desde el vientre materno, «cada día me levanto por ellos. Cuando los veía en la incubadora pensaba que tenía que salir adelante por ellos y que Dios me iba a ayudar y proteger». Sin embargo, «he ido a buscar ayuda a varios sitios y me han cerrado muchas puertas». La única que ha estado siempre abierta ha sido la de Red Madre, donde «me han ayudado en todo lo que han podido. Pero sobre todo con compañía y cariño, siempre han estado ahí».

Lo tengo aquí, le puedo acariciar

Desde que a Juan le diagnosticaron Alzheimer, han pasado nueve años y «mucha historia –recuerda Maite, su mujer–, pero no necesariamente triste ni desagradable. Al principio, hablaba, paseábamos, tenía movilidad... En 2007, hubo un momento en que había perdido muchas facultades, yo me sentía muy cansada y tuvimos que coger ayuda. No recuerdo que él hablara de la enfermedad cuando aludían a ello en la televisión, pero mi hermana cuenta que, una vez, le dijo: *Estoy enfermo..., pues habrá que llevarlo con paciencia*».

Tras recuperarse de una neumonía, el otoño pasado, ingresó en la residencia temporal del Centro Laguna, de donde han tenido que pasarle al Hospital de Cuidados Paliativos para alimentarle con sonda. «Aquí estamos estupendamente. Tengo la seguridad de que está bien atendido, el trato es inmejorable, y yo estoy muy tranquila. Trato de descansar, pero también procuro venir todo lo que puedo, porque es mi marido, y es mi despedida de él. Soy creyente y sé que luego podré hablar con él, pero ahora lo tengo aquí, le puedo acariciar... Es otra forma de estar con él, hasta que Dios quiera y como Dios quiera. Mis hi-

jos también lo están valorando. Es curioso, porque mi marido imponía mucho respeto, y ahora sus hijos lo cuidan como a un bebé, le hacen gracietas y le llaman *Pitiñi*. Si Dios ha querido esta enfermedad para él, será por algo, porque las cosas son para bien siempre, estoy segura».

Un Padre siempre piensa en el bien de sus hijos

«A los 68 años pensaba que ya había vivido todo lo que me quedaba por vivir», cuenta Ana. Después de una infancia difícil –empezó a trabajar con nueve años– y de estar cerca de la muerte por complicaciones en el parto de su tercer hijo, cree que «la misma Providencia» que la ayudó a salir adelante es «la que, ahora, dos décadas más tarde, me ha mandado un infarto cerebral, que me ha dejado como secuela una hemiplejía en el lado izquierdo. A pesar de las dificultades, sé que Él no me ha dejado de su mano».

«Para mí –reconoce– es muy duro no poder andar, ni hacer las cosas cotidianas de mi casa. Pero cuento con una familia maravillosa que cuida de mí noche y día, y, sobre todo, sé que las cosas ocurren por una razón, aunque no sepamos cuál es. Porque un Padre siempre piensa en el bien de sus hijos, y una Madre también. Ahora le pido fuerzas para saber llevar esta enfermedad con alegría, para que sirva, para que ayude a muchos a darse cuenta de que la enfermedad no es un castigo, sino un camino para mostrar el rostro cercano de Dios en los enfermos. Porque las penas, llevadas por amor y con amor, pueden convertirse en alegrías».

Pide a la Virgen curarse para cuidar de los suyos. «Pero sé que, si no me puedo curar del todo, ella cuida de mí y cuidará de los míos».

María Martínez López

El amor, por encima de la autonomía

La semana pasada, me vi forzada a acudir a Urgencias del Hospital Gemelli, de Roma, y a quedarme ingresada después de que los resultados de una biopsia, que me habían hecho la semana anterior, mostraran signos de malignidad. Mi reacción inicial, a pesar de medio esperar el diagnóstico, fue el pánico total. Pero he empezado a ver sentido en medio del caos.

Una de las cosas en las que he pensado es en el valor de lo que hago [periodismo en defensa de la vida, ndr]. Hay una guerra en marcha entre dos visiones totalmente opuestas del mundo. Esta semana, he visto claramente una de las mayores diferencias entre ellas. La cultura antigua es una de compromiso personal, mientras que la nueva, posmoderna y postcristiana, es una de abandono y atomización total.

En las últimas semanas, he tenido que enfrentarme a mi dependencia de Dios y de los demás. Dejé mi casa muy joven, a los 15 años, y me he acostumbrado tanto a valerme por mí misma que he dado por sentado que dependo sólo de mí. He asumido, como consecuencia de la revolución sexual de los 60 y de la generación del divorcio, que estoy sola y debo sobrevivir sin ayuda. Como resultado, me sorprende el cuidado y el cariño que, de repente, he experimentado.

El viernes por la mañana, me desperté a las cinco y media de la madrugada después de que me operaran la noche anterior. Estaba oscuro y tenía dolor, sed y miedo. Comencé a llorar. Esperaba, acostumbrada al estilo frío y distante de la atención sanitaria de América del Norte, que no me interrumpieran. Para sorpresa mía, una enfermera entró y me cogió la mano. Me dio palmaditas en la cabeza y, chapurreando inglés, me preguntó por qué lloraba. Se quedó unos minutos conmigo, hasta que me calmé. Aprendí la diferencia que marca la visión del mundo. En Italia, en un hospital católico, hay compromiso con la persona, que se traduce en calidez y amabilidad, una delicadeza que no había experimentado nunca en un centro sanitario anglosajón.

En cierto sentido, soy un ejemplo típico del mundo moderno, que tiene la autonomía como su principio más elevado. El aborto, la eutanasia y todos los abusos modernos de la vida y la dignidad humanas, asumen lo mismo sobre nuestra naturaleza: que estamos solos y no va a haber ayuda. La lección es la misma que la que el movimiento provida está tratando de enseñar a todo el mundo: que Dios no nos abandona y nosotros no somos libres de abandonarnos los unos a los otros; que el amor es una ley más elevada que la autonomía.

Hilary White

Corresponsal en Roma de la agencia provida LifesiteNews